

ignorancia supina de mis tíos, los llevó con un hombre que presumía de sabio y que era en realidad, como decían en mi pueblo, una perfecta vaca.

La dureza de su natural carácter se recrudeció y a nosotros nos trataban como a soldados. De vez, en vez, asomaba en aquellos rostros amargados, la dulzura de una sonrisa.

VI

De todos mis hermanos destacaba el mayor de los hombres, Enrique. Era alto, bien parecido, marrullero y camorrista, pero con una inteligencia tan despierta que pronto se convirtió en el favorito de mi tío Pedro a quien invariablemente acompañaba en sus continuas correrías por los campos y rancherías. Su sonrisa era cautivadora. Siempre de buen humor, listo a la ironía con su palabra fácil y sarcónica. Quizá por eso el tío también sentía atracción por mi simpático hermano.

Enrique conocía a la perfección todos los caprichos y estados de ánimo del tío. Sabía cuándo estaba de buen o mal humor y también tenía la gracia de hacerle cambiar de carácter en algunas ocasiones, por cierto muy contadas.

Con penetrante sentido de observación decía que me fijara en los ojos del tío cuando pretendiera pedirle algún servicio. En los ojos -expresaba- está el secreto. El tío tiene uno bueno y el otro malo. El izquierdo es viscoso, turbio, no ve de frente, es su lado torcido y malvado. Sin embargo, el derecho es limpio, mira de frente, sin toruosidad, es su ojo bondadoso. En las alteraciones de sus órganos visuales se encuentra el sí o el no.

Pienso que algunas veces le fallaba a Enrique su teoría, porque con mucha frecuencia lo veíamos atravesar el corral como un venado, seguido de cerca por el tío que blandía su favorita y flexible vara de membrillo, que caía como látigo sobre las partes más blandas de mi hermano, haciéndole gruesos verdugones que lo imposibili-

taban a montar en su caballo preferido, por un par de días.

Cuando sucedían estos repetidos incidentes, ya fuera con Enrique o con otro de mis hermanos, mis padres aguantaban sin chistar las arbitrariedades del tío, elevándose a los aires en sones de protesta, las sonoras trompetillas de mis muy femeninas hermanas. Nadie se atrevía a más.

VII

La casa alegre y cascabelera estaba de luto. Las sombras se apretujaban por los rincones huyendo de la luz. La noche caía con su negra capa cobijando bestias, árboles y montes.

El amplio corredor de arquería española, recibía en silencio a los vecinos y familiares que asistían a los rosarios.

La tía Virgen con sus ojos enrojecidos alzaba su rostro apergaminado en demanda de atención.

En seguida, con su voz cascada recitaba maquinalmente el Padrenuestro hasta su primera mitad. Los demás, atropellada y presurosamente, completábamos el resto de la oración en murmullos semejantes a las piedras arrastradas por el riachuelo en sus épocas de creciente.

Ensortijadas en las invocaciones del Padrenuestro, venían las Salves, que hablan de las rogativas de nosotros los pecadores a la Madre de Dios por nuestra salvación, "ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén".

No se por qué al oír la palabra muerte, miraba de soslayo a mis padres, pensando quizá que por su edad avanzada, serían los que acudirían pronto al llamado de Dios, dejando fuera de toda eventualidad a mis jóvenes y saludables hermanos, algunos de ellos tan ajenos y sin embargo tan cercanos a la verdad del misterio supremo.

Cuando hacía estas reflexiones recordaba mi despertar a la vida. Los primeros contactos con mis semejantes. Mi madre, mis hermanos. De mi subconsciente brotaron los lejanos y felices días

de mi infancia, que me llevaron a entablar una plática con el recuerdo.

"Tendré cuatro o cinco años. Me encuentro jugando en el corralón de mi casa. Oigo un alegre tintineo y el trotar de un caballo. Dejo con premura el pozo que estoy haciendo en la tierra y corro desbocado a buscar a mi madre. La encuentro envuelta en un delantal preparando unas ricas galletas para la cena. Le hago ver que el vendedor de helados está frente a la casa y le pido me compre un cono de nieve. Allá vamos rumbo a la puerta donde se encuentra esperando arriba de su cochecito el viejo nevero; me dá el cono y arrea su escuálida bestia haciendo sonar la campanita. Mi madre regresa a sus quehaceres y yo me quedo extático, mirando embelesado al viejo que se aleja. Saboreo mi nieve y espero a que el vendedor se pierda en la lejanía. Apenas se escucha ya el vibrar metálico de la campanita. Se va, se aleja, y queda en mis oídos el murmullo, el choque de las herraduras en el empedrado y el sonar lejano de un ritmo, de un lenguaje encantador"...

VIII

Al despuntar el alba y después del almuerzo, Enrique personalmente ensillaba los caballos para emprender las tareas cotidianas en compañía del tío Pedro.

La tía Virgen, si estaba de buenas, salía al portal para decirle adiós a su esposo. Mi madre invariablemente despedía a Enrique haciéndole la señal de la cruz a guisa de bendición. Sus ojos siempre tristes, se quedaban clavados en las figuras de los jinetes, hasta que el lomerío, con sus crestas caprichosas, los devoraba.

En la lejanía una tenue polvareda envolvía a tío y sobrino que trotaban acompasados en sus nobles brutos. El tío, que presumía de haber nacido montado a caballo, era efectivamente un excelente jinete. A sus dotes naturales de inteligencia debía su prosperidad. Era muy ladino para los negocios obteniendo siempre el mejor provecho en la compra y venta de ganado, que era su principal

actividad. Así, todos los días recorría poblados y rancherías regateando el precio de las reses y de pasada cobrando los réditos del dinero que prestaba.

En los alrededores todo mundo lo conocía y se ponía en guardia cuando comenzaba a tratar, pues hábilmente "El Viejo", como solían decirle, quizá por su redonda cabeza plateada, sacaba partido de sus razonamientos. No faltaban peros cuando compraba alguna res. "Que estaba muy flaca", "que la vaca recién parida estaba seca" y así, a su modo ranchero, aducía miles de pretextos para comprar barato.

Lo difícil para el tío venía cuando se presentaba la temporada de venta del ganado, pues haciendo "de tripas corazón", se acercaba a su compadre Genovevo para que éste lo sacara de apuros con los compradores norteamericanos. El tal compadre "Bevo", como le decía mi tío, era un competidor suyo en la compra y venta de animales, pero el socarrón tenía la ventaja de hablar y entender un poco de inglés, idioma que era un verdadero crucigrama para el pobre de mi tío, que en vano y por más que "parara las orejas" con los tratantes del país vecino, se quedaba en "ayunas", es decir, sin entender absolutamente nada, pero siempre con la desconfianza latente de que Bevo lo hubiera engañado.

Una noche recién regresaban de sus labores, inopinadamente el tío notificó a mis padres que había decidido mandar a estudiar a Enrique a los Estados Unidos.

Esa noche no se me puede olvidar, pues por vez primera oí hablar a mi padre oponiéndose a la determinación de su enérgico concuño. Mi madre no pudo contener el llanto y abrazándose de Enrique volcó su sentimiento negativo.

Pero la suerte estaba echada y no había apelación posible. Enrique marcharía al vecino país del norte. Quien mandaba, así lo había dispuesto.

Al acostarnos los hermanos a lo largo del corredor, algunos en catres de lona y otros en el suelo, oíamos imperceptiblemente los gemidos de mi madre y la voz dulce y consoladora de mi padre que balbuceaba casi en secreto.

De pronto, como las tempestades que llegan sin anunciarse, se alzó la protesta. Haciendo voz de falsete, algunos de mis hermanos -¿o sería alguna de mis hermanas?-, lanzó a los aires el insulto máximo que ponía fuera de sí al tío Pedro: "viejo jorro", (estéril) y las carcajadas repercutieron por toda la casa lastimando las paredes. De un salto y en ropas menores el tío Pedro blandió su ancho cinturón azotando a diestra y siniestra. Aquello era un *marmágnum*, pues en la oscuridad se movían diferentes siluetas y todas ellas, como si fueran un eco, gritaban entre risotadas y ayes lastimeros: "viejo jorro", "viejo jorro". Algunos pegaban la estampida para el patio o los corrales; otros buscábamos guarecernos debajo de las camas, pero la furia y la dignidad del hombre ofendido en su amor propio, por haberle negado la naturaleza aptitud para poder engendrar hijos, seguía su destructora obra. La voz ronca de la tía Virgen: "Pedro, Pedro, no hagas caso, el diablo se te ha metido en el cuerpo, *tapacíguate, serénate*"!, logró el milagro de calmar a aquella bestia enloquecida.

IX

La campiña norteña con sus áridos montes y colosales montañas, recibía jubilosa el baño luminoso de un sol que hacía descender sus rayos dorados en una mañana límpida y pura, con un cielo azul, libre de nubes impertinentes.

En caravana familiar atravesamos el pueblo de casas iguales, simétricamente alineadas, de construcción de adobe, barro y sillares amarillos, para ir rumbo a la estación del ferrocarril a esperar la llegada del tren que venía de México con destino a Laredo.

Dejamos atrás la plaza rumbosa, de frondosos álamos, fresnos y eucaliptos, con sus bancas de madera y su kiosko descolorido, albergue de enamorados, para persignarnos apresuradamente en las puertas de la vetusta iglesia de estilo churrigueresco -bella herencia de nuestros antepasados españoles-, yendo a desembocar finalmente, siempre por la calle principal, en los andenes mismos del ferrocarril, cuyas paralelas aceradas esperaban pacientes la llegada del tren.

Enrique, el héroe de todos nosotros, y que a la sazón frisaba apenas los veinte años, se cubría su ensortijada cabellera atrigueñada con una cachucha de cuadros anaranjados y negros. Sus brillantes ojos verdes acusaban extraña inquietud. Iba cargado como un gitano con maletas y bultos que mi previsora madre había preparado con esmero. Llevaba además de su ropa y efectos personales, una canasta rebosante de naranjas, plátanos y manzanas, así como una buena provisión de tortillas de harina que en forma de "tacos", guardaban celosamente en su vientre: huevos, chorizo o frijoles ya preparados, además de una porción de "lonches de cabrito", suficientes para alimentar a una docena de personas. Mi madre, así, quería satisfacer los antojos de los platillos favoritos de Enrique, sin concebir su ingenuidad e ignorancia en requisitos aduanales, que tales alimentos y frutas llegarían tan sólo hasta los límites de la frontera.

El agudo silbato de la locomotora anunciando su llegada, apresuró aquella inolvidable despedida. Mis hermanas mayores engalanadas con sus vestidos domingueros, coqueteaban con los amigos de la familia y curiosos del pueblo. El tío Pedro, vestido de negro, dirigía fulminantes miradas de reproche a las más atrevidas, en tanto que mi padre y mi madre aprisionaban a Enrique entre sus brazos, hilvanándole consejos con bendiciones.

Al transcurrir de unos cuantos minutos, reglamentarios en un poblado de poca importancia, anunció el tren su partida con silbatazos cortos que taladraban las orejas. Lo que no se dijo durante la espera, en vano se pretendió hacerlo en unos cuantos segundos. Comenzó el diluvio de abrazos, gritos, besos y recomendaciones. Mi hermano prometió escribirme estirándome la oreja, según cariñosa costumbre. Me pareció que a pesar de su atolondramiento, iba feliz.

La negra chimenea de la locomotora resoplaba enormes bocanadas de humo al cielo, y se me figuraba que hacía mover las cañeras de sus carros, como mujer provocativa.

La serpiente de acero se fue alejando por los vericuetos de la serranía, dejándonos un vacío en el corazón. Extáticos contemplamos su total huída.

Aquel año no regresaría a la ciudad con mis tías y por lo mismo suspendería mis estudios. El tío Pedro, celoso de la economía doméstica y haciendo cálculos de lo que costaría la estancia de Enrique en el extranjero, quiso me quedara en el pueblo para sustituir en la parte que a mí pudiera corresponderme, el lugar del ausente. Entre los tres hermanos varones restantes nos repartiríamos el trabajo.

Mi primera ocupación por las mañanas era darle de beber agua a los marranos. Las manos no acostumbradas a trabajos violentos se ampollaban al estirar la cuerda de la noria. Eran diez cubetazos diarios. Diez viajes del balde al recipiente y diez vueltas a los "chiqueros" de aquellos cerdos glotonos. Después de tan tremenda tarea viraba mis pies rápidamente hacia la mesa del almuerzo.

El tío Pedro algunas veces me ordenaba que saliera con él por las mañanas, yendo medroso a su lado a las más cercanas haciendas. Imposible de olvidar aquella ocasión en la cual me obligó a punta de chicotazos a subirme a un caballo bronco. Más tardé en posar mis sentaderas en aquella bestia salvaje, que en sentirme elevado por los aires para caer violentamente de bruces en la tierra impregnada de estiércol y pastura.

Las carcajadas de los vaqueros eran para mí como un himno a la burla. Y otra vez la demanda imperiosa de mi tío instándome a trepar nuevamente al bruto para que "me hiciera hombre". Y de nuevo, vuelta de narices por tierra causándome escoriaciones en la cara y en los brazos. Fueron inútiles mis lágrimas de niño para conmover a aquel sádico. Otra vez al caballo y por gracia de Dios, la última. Caí rebotando como un muñeco en las puertas del corral, perdiendo el conocimiento.

Cuando desperté, una mujer de la hacienda que visitábamos, con ternura maternal atendía mi cabeza ensangrentada. Volví a cerrar los ojos al aspirar el aroma de un bálsamo reconfortante parecido al alcanfor. Mis oídos registraron "cuchicheos" extraños dentro del jacal

y mis ojos contemplaron una escena insólita. El tío Pedro acariciaba confiadamente las amplias posaderas de la mujer, propinándole besos sonoros en la boca. Al percatarse de que lo estaba mirando, la apartó bruscamente y me dijo: "¿te sientes mejor. A tí te falta mucho para que seas machito. Levántate y vámonos". Le obedecí maquinalmente y me encaminé hacia los caballos. Todavía escuché que detrás de la puerta seguían los besos "tronados" de despedida y luego surgió la figura del tío calándose el sombrero tejanero de palma. La mano que me curó, abanicó el aire diciéndonos adiós.

En el camino de regreso el tío venía taciturno. No despegó los labios hasta que estuvimos a un paso de los umbrales de la finca. Sólo musitó estas palabras: "sea hombrecito y mucho cuidado de ir a la tía con cosas".

Intuí que a pesar de todo, aquel gigante despiadado temía a la tía Virgen.

Una tarde que acompañé a mi padre al "tendajo" propiedad del tío Pedro, recibí primero que nadie una grata sorpresa: carta de Enrique.

Inesperadamente llegó al comercio el anciano cartero del pueblo, Don Jesusito, preguntando con su voz aflautada si yo estaba presente. Al saltar por encima del mostrador, encarándome, el viejo sacó de su maltrecha maleta un sobre que me entregó de inmediato. "¡Papá, papá, carta de Enrique, carta de Enrique!", grité a todo pulmón. Mi padre, emocionado, dejó de atender a una señora moviendo contra su costumbre desafortunadamente los brazos, derribando la gran botella de aceite de linaza que fue a chorrear sobre el depósito de azúcar. "Léeme la carta, pronto, qué dice, cómo está, cuándo viene". Con mucha parsimonia y presunción -puesto que sabía leer ante los presentes, ya que ninguno se movió, comencé a dar lectura a la misiva que me enviaba mi hermano.

Cerramos la tienda antes de la hora, pues mi padre ansiaba que todos en la casa, especialmente mi madre, se enteraran del con-

tenido que aquel papel misteriosamente -para él- guardaba. El pobre tropezaba en el camino con sus enfermas piernas temblorosas, lamentándose profundamente de no haber tenido oportunidad de aprender a leer. "Pero tú y Enrique sí saben y tienen que ayudar a sus hermanos a ilustrarse". Con eso se consolaba el bondadoso ignorante.

En nuestra prisa por llegar, no vimos el humo de la fogata del asado instalado afuera de la cocina, señal inequívoca de que ya se encontraba de regreso el tío Pedro, preparando personalmente algunos pedazos de carne de res para la cena.

Nos salió al paso e interpeló a mi padre sobre el motivo de tan prematuro regreso de sus obligaciones. "Carta de Enrique", replicó papá alegremente. ¿Y por qué desgraciados cierras el negocio? Mi padre no contestó penetrando a la casa por la cocina a la vez que agitaba en su mano el sobre violado.

De inmediato hubo reunión de familia, esperando todos con impaciencia que "su majestad", el tío, se dignara presidir el acontecimiento.

Entró "bufando" con su cara excitada por el coraje. ¿Por qué "diantres" no se dirige a mí? La respuesta no se hizo esperar mucho. Fue pronta y seca. La garganta bronca de la tía Virgen, barboteó: "Porque tú no sabes leer, animal, apenas si sabes contar". La mecha se encendió y empezó la trifulca con insultos gruesos.

La tía Virgen pocas veces "echaba su cuarto a espadas" y cuando esto sucedía aquello se convertía en un manicomio. Los bigotes ralos y negros de la tía, temblaban de rabia, dándole a su moreno rostro un aspecto diabólico.

Tras la tempestad venía la calma. Los ojos enfurecidos de ambos se enviaban mensajes vengativos, mientras yo daba lectura a los episodios narrados por Enrique en su aventura.

El olor de la carne asada se nos metía por las fosas de la nariz, mientras el apetitoso manjar, se retorcía en la parrilla del asador, lubricando las glándulas salivales.

La salsa de tomate con chile "piquín" del monte alegraba las tortillas recién salidas del "comal". La carne jugosa era aguijoneada

y devorada por incisivos hambrientos.

"Panza llena, corazón contento". Tras la copiosa cena, los comentarios de sobremesa. Enrique era el tema.

Arriba, en el cielo, las estrellas hacían guiños a la luna.

XII

Enrique sufría penalidades por el desconocimiento absoluto del idioma. No se quién le recomendó al tío un Colegio para Administradores de Negocios en Filadelfia y hasta esas latitudes fue a parar mi hermano. Desesperadamente decía en su inglés "no le entraba", a lo cual agregaba "¿cómo se puede aprender a manejar un negocio que a este bruto le cuesta tanto trabajo para que él se entienda?".

Me escribía que necesitaba un cubano compañero de viaje que me ayudara al salvavidas, pues él sabía el idioma "castellano" y me ayudaría a encontrar un trabajo en la ciudad.

Me relató también que había encontrado un trabajo en la ciudad. Sus angustias disminuyeron al cruzar la frontera, especialmente al hacer el tránsito del río que debía llevarlo a su destino.

Para su buena fortuna uno de los empleados era de ascendencia mexicana y al darse cuenta de los apuros de Enrique, le explicó los movimientos que debería hacer al llegar a las siguientes ciudades; qué número de tren debería abordar, a qué hora, y su fin, procuró orientar al "pobre gallo que andaba en camino perdido". Antes de despedirse le colocó un tarjetón en la solapa del saco, a guisa de bulto de express, diciéndole que se lo enseñara a los siguientes empleados, pues allí estaban escritas en inglés las instrucciones para "dejar el paquete en su destino".

"Cuando llegué a la estación de Filadelfia, me pareció un manicomio, multitudes abigarradas, gentes de todos colores hablando y parlotando. Me quedé inmóvil, asustado, esperando llevar por aquel río de gente, sin oponer resistencia. No sabía que hacer, ni a quién recurrir, me creía perdido en un mundo extraño. Es-

viendo que aquel papel misteriosamente para él guardaba. El pobre tropezaba en el camino con sus enfermas piernas temblorosas, lamentándose profundamente de no haber tenido oportunidad de apresurarse a leer. Pero tía y Enrique sí saben y tienen que ayudar a sus hermanitos a leer. Con eso se consolaba el bondadoso ignorante.

En nuestra casa por llegar, no vimos el humo de la fogata del patio. En la cocina, señal inequívoca de que ya se empezaban a preparar las cosas, Pedro, preparando personalmente algunas porciones de carne para la cena.

Después de esto me acerqué a mi papá sobre el motivo de su problema. ¿Por qué no le enseñan a Enrique a leer? ¿Por qué no le enseñan a Enrique a leer? ¿Por qué no le enseñan a Enrique a leer? ¿Por qué no le enseñan a Enrique a leer? ¿Por qué no le enseñan a Enrique a leer?

De inmediato hubo reunión familiar esperando todos con impaciencia. Mi papá se levantó para presidir el acontecimiento.

Entró bufando con la cara escarada por el coraje. Por qué "diantres" no se dirige a leer. La respuesta no le hizo operar mucho. Fue pronta y seca. La garganta bronceada de la tía Virgen, barboteó: "Porque tú no sabes leer, animal, apenas si sabes contar". La mecha se encendió y empezó la trifulca con insultos gruesos.

La tía Virgen pocas veces "echaba su cuarto a espadas" y cuando esto sucedía aquello se convertía en un manicomio. Los bigotes ralos y negros de la tía, temblaban de rabia, dándole a su moreno rostro un aspecto diabólico.

Tras la tempestad vino la calma. Los ojos enfurecidos de ambos se volvían hacia los negativos, mientras yo daba lectura a los episodios narrados por Enrique en su aventura.

El olor de la carne asada se nos metía por las fosas de la nariz, mientras el apetitoso manjar, se retorció en la parrilla del asador, lubricando las glándulas salivales.

La salsa de tomate con chile "piquín" del monte alegraba las tortillas recién salidas del "comal". La carne jugosa era aguijoneada

y devorada por incisivos hambrientos.

"Panza llena, corazón contento". Tras la opípara cena, los comentarios de sobremesa. Enrique era el tema.

Arriba, en el cielo, las estrellas hacían guiños a la luna.

XII

Enrique sufría penalidades por el desconocimiento absoluto del idioma. No se quién le recomendó al tío un Colegio para Administradores de Negocios en Filadelfia y hasta esas latitudes fue a parar mi hermano. Desesperadamente decía en sus cartas que el inglés "no le entraba", a lo cual agregaba como comentario el tío, "nadamás falta que a este bruto se le olvide el español para que se quede mudo".

Me escribía que había cultivado amistad con un muchacho cubano compañero de estudios y al cual se pegaba como el náufrago al salvavidas, pues el caribeño ya "masticaba" algo de inglés.

Me relató también todos los incidentes del viaje hasta su llegada. Sus angustias principiaron al cruzar la frontera, precisamente al hacer el transbordo del tren que debería llevarlo a su destino. Para su buena fortuna uno de los empleados era de ascendencia mexicana y al darse cuenta de los apuros de Enrique, en español, le explicó los movimientos que debería hacer al llegar a las siguientes ciudades; qué número de tren debería abordar, a qué horas, y en fin, procuró orientar al "pobre gallo que andaba en corrales ajenos". Antes de despedirse le colocó un tarjetón en la solapa del saco, a guisa de bulto de express, diciéndole que se lo enseñara a los subsiguientes empleados, pues allí estaban escritas en inglés las instrucciones para "dejar el paquete en su destino".

"Cuando llegué a la estación de Filadelfia, aquello me pareció un manicomio, multitudes abigarradas, gentes de todos colores hablando y parloteando. Me quedé inmóvil, asustado, dejándome llevar por aquel río de gente, sin oponer resistencia. No sabía que hacer, ni a quién recurrir, me creía perdido en un mundo extraño. Es-

taba petrificado, sin ver, ni oír, exactamente a media calle de una gran avenida. Mudos y gigantescos centinelas de cemento y acero contemplaban mi tragedia. Los coches que casi no conocía, se multiplicaban saliendo de todas partes, haciendo lo imposible por no atropellarme. Vagamente recuerdo sonidos estridentes de claxons e imprecaciones violentas de sus conductores.

“Mudo de espanto me quedé cuando dos vigorosos brazos me levantaron en vilo, salvándome quizá de una muerte violenta, para depositarme en la orilla de la banqueta. Era un policía. Oía que me hablaba en tono de regaño, pero al verme convertido en un idiota, optó por llevarme a una delegación policiaca cercana. Al llegar ahí habló con unos hombres sin uniforme, los cuales me sentaron en una banca y desprendieron de mi brazo la única maleta que me quedaba, pues de los demás bultos ni supe, vaciando su contenido en un escritorio”.

“Curiosearon un buen rato con mis pertenencias. Yo los veía como un autómeta, sin poder mover un dedo. El más joven de ellos se me acercó. Empezó a hablarme pausadamente, con una voz serena y calmada. Sus ojos azules se posaron tranquilamente en los míos y comprendí en ese instante que aquel bondadoso hombre no me iba a hacer ningún daño, por lo contrario, quería ayudarme. Empecé a tartamudear y volviendo de mi ensimismamiento le dije que era mexicano, que iba a estudiar en el Colegio Comercial de Administradores. Se quedó, ahora él, perplejo. No conocía el idioma —“Are you mexican boy?”—, sin entender, le respondí que sí. Me preguntó algo del pasaporte y saqué de inmediato el mío de la bolsa secreta del saco. Afortunadamente allí venía un papel con el nombre de la Escuela y en seguida en un coche de la policía me llevó hasta las puertas del plantel. Me acompañó al interior del edificio y después de hablar con una persona, aguardamos la llegada de Mr. Williams, el Director. Pasé de unos ojos que irradiaban ternura, a los fríos y duros de quien iba a ser uno de mis maestros”.

Después Enrique me relataba sus primeras experiencias, sus impresiones de los demás internados y la naciente amistad con aquel

cubanito que le servía de intérprete y al cual recurrió inicialmente Mr. Williams para hacerse entender.

Daba compasión leer las primeras cartas de mi hermano. Pero yo sabía que poco a poco tendría que salir adelante. En las noches rezaba por él, pidiéndole a Dios que lo cuidara. Mi madre estaba inconsolable. Muchas veces la sorprendí llorando en silencio...

XIII

A veces por las tardes acompañaba al tío Pedro por los sembradíos y potreros cercanos. “Al ojo del amo engorda el caballo”, solía decir sentenciosamente.

Encorvados sobre los surcos, los peones sepultaban la simiente. El tío, para no perder la costumbre, se apeaba del caballo y personalmente vaciaba en aquellas hondonadas lineales, los granos prometedores. Cosechaba maíz, frijol y trigo de preferencia, aunque había también algunos pequeños huertos de vegetales y verduras.

En la orilla del río en forma desordenada, bailoteaban con sus penachos esmeralda las varas verdes, amarillas y moradas de las cañas de azúcar.

Las épocas de “molienda” eran todo un acontecimiento. En estas faenas participaba toda la familia. Mis hermanos desatendían momentáneamente sus quehaceres en los campos, para ayudar en estos menesteres.

Unos engranes impulsaban dos lisos rodillos de fierro puestos en movimiento por algún animal de tiro sujeto a un largo palo, quien daba vueltas que se antojaban interminables. Así, con este procedimiento rudimentario, se extraía el jugo de la caña, que se convertía en una deliciosa bebida: el “aguamiel”.

Merced al cocimiento de este líquido hasta un “punto” determinado, observado y calculado por un perito en esta materia: el tío Pedro, se obtenían los deliciosos “piloncillos” que eran vaciados en moldes de barro parecidos a un cono.

Mis hermanas gozaban en estas faenas vigilando los “peroles”